

dados y resueltos, varios problemas jurídicos de importancia: la capacidad del heredero, que resulta de la necesaria armonía entre los artículos 90 y 1019; la incapacidad *sui generis* de nuestro Código, artículo 282 y sobre todo llama nuestra atención por su relativa originalidad, el capítulo V, donde desarrolló el tema «*El incapaz no puede ser representado.*»

Consciente y metódico es su estudio: pone de manifiesto criterio jurídico propio y erudición científica, cualidades muy difíciles de encontrar unidas en un graduando.

### DOMINGO ORTIZ

En la semana de pascua de 1897, desempeñando yo el puesto de ayudante de la Comandancia militar del Pacífico residente en Tumaco, se recibió denuncia de que se había introducido armamento por algunos puntos del norte de la costa, y el General Severiano Rodríguez, Comandante General, dispuso, de acuerdo con el Administrador de la aduana, señor Mariano Ricaurte, armar un bote velero de dos palos de propiedad del Gobierno, llamado *Colombia* tripulado por ocho hombres escogidos con un buen patrón y bajo mis órdenes para que recorriera las costas y apresara además cualquiera embarcación sospechosa que encontráramos.

No recuerdo la fecha de nuestra salida, pero sí que fue en una madrugada de luna como a eso de las cuatro, cuando aprovechando un buen viento y con víveres para diez días y abundantes municiones, zarpamos del muelle de la aduana. El patrón se llamaba Eme-terio Mena, hombre criado en el mar y de carácter bondadoso, pero enérgico y valiente. Era el único blanco de mis nueve compañeros, pues los otros eran negros capaces de desbaratarme a mí de un *pastorejo*,

y sin embargo me obedecieron en todo. ¡Maravillas de la disciplina!

Después de atravesar en catorce horas el brazo de mar que los vapores atraviesan en tres, llegamos a Zalahonda, pueblecito de pescadores que queda situado en la desembocadura del río Patía. Ahí dormimos esa noche y al día siguiente seguimos por los llama-dos *esteros*, que son caños formados por el mismo mar, profundos pero perfectamente quietos y guarida por lo tanto de cocodrilos, serpientes marinas, etc., y nocivos además porque el agua así estancada se corrompe.

Al penetrar a los esteros se hacen inútiles las velas y estorbosos los mástiles que hubo que echar abajo quedando convertido el alegre botecito en un desapacible pontón donde recibíamos el sol todo el día. A derecha e izquierda sólo se veían árboles de enormes hojas de los que crecen en los pantanos de los climas ardientes, y bejucos que algunas veces obstruían el camino haciéndonos perder horas enteras en abrirnos paso. Algunas veces el follaje era tan tupido, que navegábamos sin ver el cielo y hubo dos ocasiones en que tuvimos necesidad de encender la linterna de proa para poder ver por dónde iba el barco. No se oía sino el acompasado golpe de cuatro remos y algunas veces el monótono canto de los remeros o los ásperos ronquidos de los que descansaban por turno. No faltaba tal cual cocodrilo que asustado huía abriéndose paso por entre la red de bejucos que nos rodeaba. Por otra parte al obscurecer era tal la cantidad de zancudos, que en los cuatro días y las cuatro noches que así anduvimos sin parar podrían contarse los minutos que dormí.

Como a las diez de la mañana del quinto día me despertó Mena, pues dormía en ese momento, para indicarme que antes de pocos minutos tendría una agra-

dable sorpresa. El bote había amarrado para que almorzáramos y noté que el estero tenía más de una cuadra de ancho, que el agua era de un verde claro y no casi negra como en los días anteriores, y soplaba un airecito fresco que rizaba ligeramente la superficie. Terminado el almuerzo ordenó el patrón que amarraran los mástiles; él me había dicho esa mañana que nos faltaban de cuatro a seis días para llegar a *Domingo Ortiz*, punto importante de la costa, donde se creía que podría darse por terminada nuestra comisión, si no encontrábamos nada. Creía pues que, en atención a lo ancho del estero y aprovechando la brisa que soplaba de popa, se propusieran acelerar la marcha y dar descanso a los negros. Las velas fueron izadas, el buque empezó a moverse con alguna lentitud, después más de prisa y de repente cuando habíamos bajado unas cuatro o seis cuadras se nos presentó el mar libre en toda su extensión; sentí la impresión que sentirá un toro encerrado en un estrecho toril al verse de golpe en el centro de un circo. A la derecha la costa, pero una costa alegre, sembrada de casitas de pescadores; a la izquierda el mar con multitud de velas, y un poco hacia el norte la isla de la *Gorgoria*, cerro elevadísimo en forma de pan de azúcar, que desapareció en el terremoto del 31 de enero de 1906; al frente, pues la costa tiene ahí la forma de una herradura, unas casitas blancas dominadas por una torrecita pequeña. ¡*Domingo Ortiz!* me dijo Mena. El pícaro viejo me había engañado para darme tan sabrosa sorpresa. Agréguese a esto un cielo azul sin una nube y multitud de aves marinas sin contar los millares de bufeos (ballenas en miniatura) cetáceo amigo del hombre y que los pescadores consideran como una profanación matar.

Miden estos animales unos dos metros de largo y andan siempre en grandes partidas al rededor de las embarcaciones, dando saltos de veinte a treinta metros

por tres o cuatro de altura fuera del agua y arrojando al salir de ella dos chorros por las narices. Con frecuencia se divierten saltando por encima de las canoas, cuidando de no hacerles daño. Cuando un infeliz cae al mar lo sacan a la costa a hociadas hasta dejarlo en seco. Eso sí, al segundo tope queda reventado, ¡pero ellos lo hacen de tan buena fe! A las cinco de la tarde, después de seis horas de alegre y rápida navegación, atracó el bote al muelle de *Domingo Ortiz*.

¡Domingo Ortiz...! La víspera de mi partida telegrafíé diciendo: «Sigo Domingo Ortiz.» Alguien me preguntó por correo: «¿Domingo Ortiz es lugar, persona o cosa?»

Es *persona y lugar*: a principios del siglo XIX sólo existía en ese punto una humilde casita de pescadores donde vivía una familia de negros cuyo último vástago, Domingo, al verse solo y dueño de gran cantidad de tierra, se fue a Guapi donde se casó, trajo algunas familias de pescadores pobres y empezó a regalarles terreno con la condición de que edificaran por el modelo que les dio. Veinte años después ya podía considerarse un pueblo y en 1897 que estuve yo, era un municipio de dos a tres mil habitantes, con calles, más de doscientas casas, capilla, alcaldía, resguardo, dos escuelas, un muelle perfectamente construido, etc. En esa época Domingo pasaba ya de los noventa años; era, pues, un patriarca; los que no eran sus descendientes, lo eran de sus protegidos. A la fecha, si vive, lo que no es probable, es centenario.

A mi regreso a Tumaco, el 5 de junio, fecha que jamás olvidaré, como a eso de las nueve de la mañana estábamos el entonces Coronel Joaquín Escandón y yo en el balcón de la alcaldía conversando con nuestro buen amigo Cornelio Bravo, que la desempeñaba, y notamos un movimiento inusitado en el mar.

No soplabla la más ligera brisa y sin embargo el agua empezó a moverse haciendo chocar violentamente las canoas amarradas a la orilla. Algunos veleros y muchos barcos pescadores se dirigieron rápidamente a la isla. El movimiento fue aumentándose y empezamos a ver centenares de bufeos que invadían la bahía, pero no contentos y juguetones como de ordinario, sino dando visibles muestras de terror. Algunos llegaron a bostarse a tierra y no faltaron dos o tres tiburones que nos visitaron. En la esquina misma de la aduana un negro mató uno a machetazos. De repente, hacia el noroeste vimos asomar por detrás de la vecina isla de la *Viciosa* una sombra negra primero, que tomó luego forma visible y que avanzó lentamente hacia nosotros. ¡Una ballena! fue el grito que se escapó de todas las bocas. Los balcones y puertas empezaron a abrirse y un momento después la calle del frente estaba ocupada por toda la población de Tumaco.

Cada vez que el animal levantaba la cola y la dejaba caer, sonaba como un cañonazo. Se encorbaba lenta y majestuosamente, consumía la cabeza y al sacarla lanzaba por las fauces dos columnas de agua que el aire agitaba en lo alto. Un cuarto de hora después de haberla divisado ya estaba tan cerca de nosotros que pudimos contemplarla a nuestro sabor. Se oían distintamente los resoplidos que daba al botar el agua, semejantes a una caldera de vapor de gran tamaño. Todos hablaban a gritos sin entenderse, lloraban los muchachos, ladraban centenares de perros, y una negra que llevaba un gato en un canasto, lo perdió en medio del tumulto.

Las miradas de dos mil personas se dirigían todas a la emperatriz de los mares, que estaba muy ajena de haber puesto una ciudad en revolución, parando el movimiento comercial, suspendiendo el trabajo, asustando a muchos, alegrando a todos.

Un señor Benítez que tiene muy merecida fama de miserable destapó una botella de brandi y nos dio un trago.

Después de darle muchas vueltas a la isla durante el día, esa noche y el siguiente, como a las cuatro de la tarde—el 6 de junio—hizo rumbo al norte para no dejarse ver más.

Por varios días nadie pudo bañarse en el mar que quedó infectado de tiburones, etc. En cambio la pesca fue muy abundante.

IGNACIO CARRASQUILLA

### Nuevo Delegado Apostólico

La REVISTA tributa homenaje de respeto al Excelentísimo y Reverendísimo Monseñor ENRIQUE GASPARRI, doctor en teología y en ambos derechos, Arzobispo de Sebaste. Enviado extraordinario y Delegado Apostólico ante el Gobierno de Colombia.

No saludamos en el ilustre diplomático solamente al prelado y al obispo, al representante del Vicario de Cristo, sino también al sabio canonista, que en sus escritos ha empezado a dar nuevo lustre a su apellido, glorioso en los anales del derecho eclesiástico; al lingüista y filólogo que ha estudiado las lenguas americanas comparadas con los idiomas orientales.

Aguardamos las órdenes de su Excelencia para obedecerlas, y ponemos a las suyas las páginas de nuestra modesta publicación.

En seguida verán nuestros lectores el juicio de nuestro catedrático el caballero don Antonio Gómez Restrepo sobre una obra filológica de Monseñor GASPARRI.